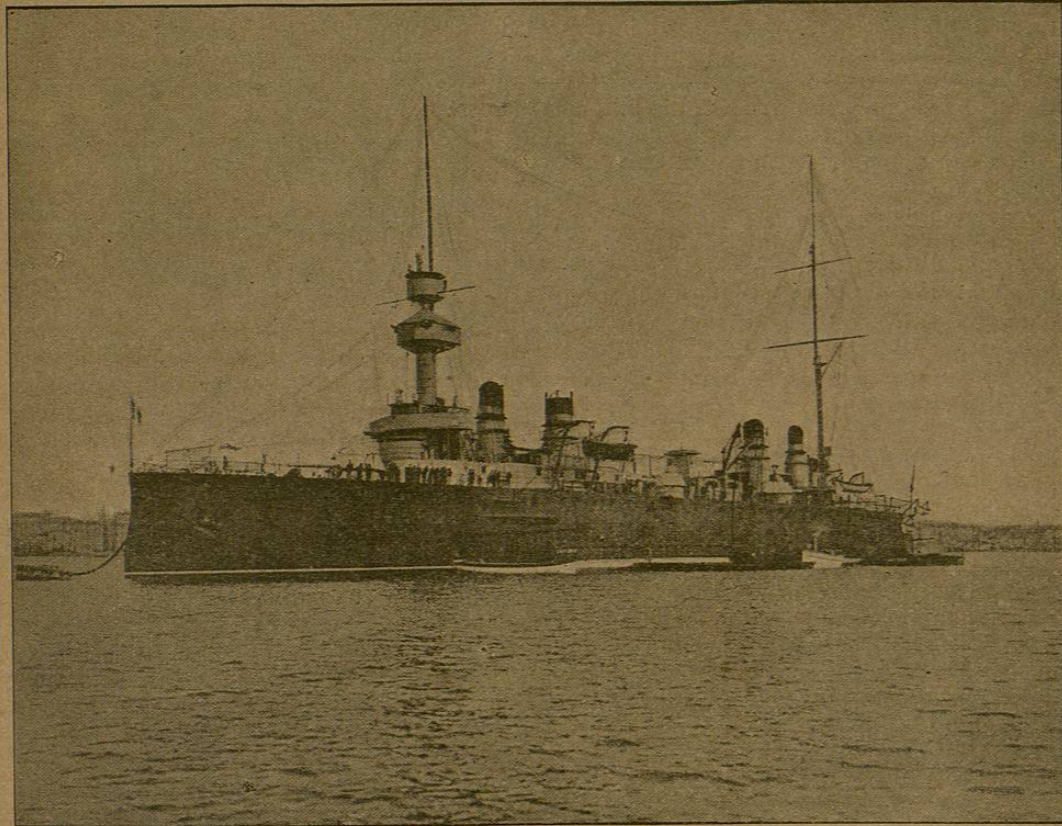


pase en todos los detalles de la campaña y conoce todas las minucias del servicio, desde las obligaciones del cabo hasta los deberes del general en jefe. «Es un estratega de infinita paciencia y precisión. Como Napoleón y Molke, Grant y Kitchener, cree en la fuerza del número. En la suma de sus baterías y batallones pone el fundamento de su fuerza.»

El general barón Stackelberg es hombre de gustos sencillos, que comparte la comida del soldado y duerme cuando puede. Su mayor crimen consiste en que va siempre irrepresiblemente vestido, limpio en su



Crucero acorazado francés «Sully»

persona, atildado y correcto, hasta llegar á la elegancia.

El general Iwanoff, que sucedió al general conde Keller en el mando del ejército del Este, es un general de primera fila, y pertenece á la categoría de los pensadores.

El general Rennenkampf es el general French del ejército ruso. Un jefe de caballería audaz, que no conoce el miedo, que desprecia el peligro; ha sido gravemente herido dos veces en el curso de la presente guerra.

El general Sassulitch es el prototipo de los militares rusos de la antigua escuela. Mr. Story resume así su juicio: «Se retarda en cumplir sus obligaciones y sufre las

consecuencias. Es el general Buller del ejército.»

Respecto de la guerra, lo más importante del libro de Mr. Story es la afirmación de que los japoneses hubieran podido llegar sin oposición á Liao-Yang en el mes de Junio, y que el principal objetivo del Mikado consistía en poner á China de su parte, ponderando las ambiciosas pretensiones de los moscovitas é infligiendo á éstos un golpe mortal mediante la rápida conquista de Port-Arthur, lo cual habría impresionado mucho á los chinos.

CRÓNICA DE LA GUERRA

Examen de la situación militar en la Mandchuria.—La situación militar en las llanuras del Sha sigue siendo la que se produjo al terminar la encarnizada batalla reñida en aquellos parajes durante el mes de Octubre. Los dos ejércitos ocupan las mismas posiciones que hace un mes, sin decidirse ninguno de ellos por el ataque ó la retirada; y estando á tiro de fusil una de otra las líneas avanzadas, no pasa día sin combate más ó menos importante, pero cuya finalidad se reduce á la de un tanteo, á la de un reconocimiento. En estas pequeñas operaciones se ha puesto de manifiesto la iniciativa y espíritu emprendedor de los cosacos, que se muestran infatigables en sorprender destacamentos enemigos, provocar alarmas y molestar á los japoneses. Ninguno de estos episodios, sin embargo, puede modificar esencialmente la situación militar.

¿Qué se proponen los generalísimos de uno y otro ejército? Las posiciones ocupadas actualmente por rusos y orientales ¿se convertirán en cuarteles de invierno—como creen muchos—y habrá una larga pausa en las operaciones, repitiéndose en el siglo xx los métodos de guerra, que tan faltos de lógica nos parecen, del siglo xvii?

Examinemos brevemente la razón de ser de un estado de cosas tan inesperado y tan preñado de peligros para uno y otro beligerante.

Ante todo hemos de descartar la posibilidad de que el *statu quo* continúe durante todo el invierno. Hasta mediados de Diciembre el clima de la región comprendida entre Mukden y Liao-Yang es soportable, sin necesidad de apelar á medios de protección extremos; á partir de aquella fecha descende tanto la temperatura que sería preciso acudir á refugios enterrados ó emprender la construcción de acuartelamientos provisionales, pero en escala tan colosal y tan bien concluidos que ello requeriría el concurso de casi todas las tropas, y mucho tiempo; no hay que pensar en que ejércitos de 250 á 300.000 hombres se alojen en los lugares habitados, por insuficiencia de éstos y porque sus casas han sido arrasadas y destruidas en su mayor parte por el fuego ó por medios violentos. Además, una inactividad prolongada durante la mala estación, estando el enemigo casi en contacto, expone á los mayores riesgos, y el menor descuido ó la más leve falta de vigilancia local podría degenerar en un desastre, en la ruina del ejército.

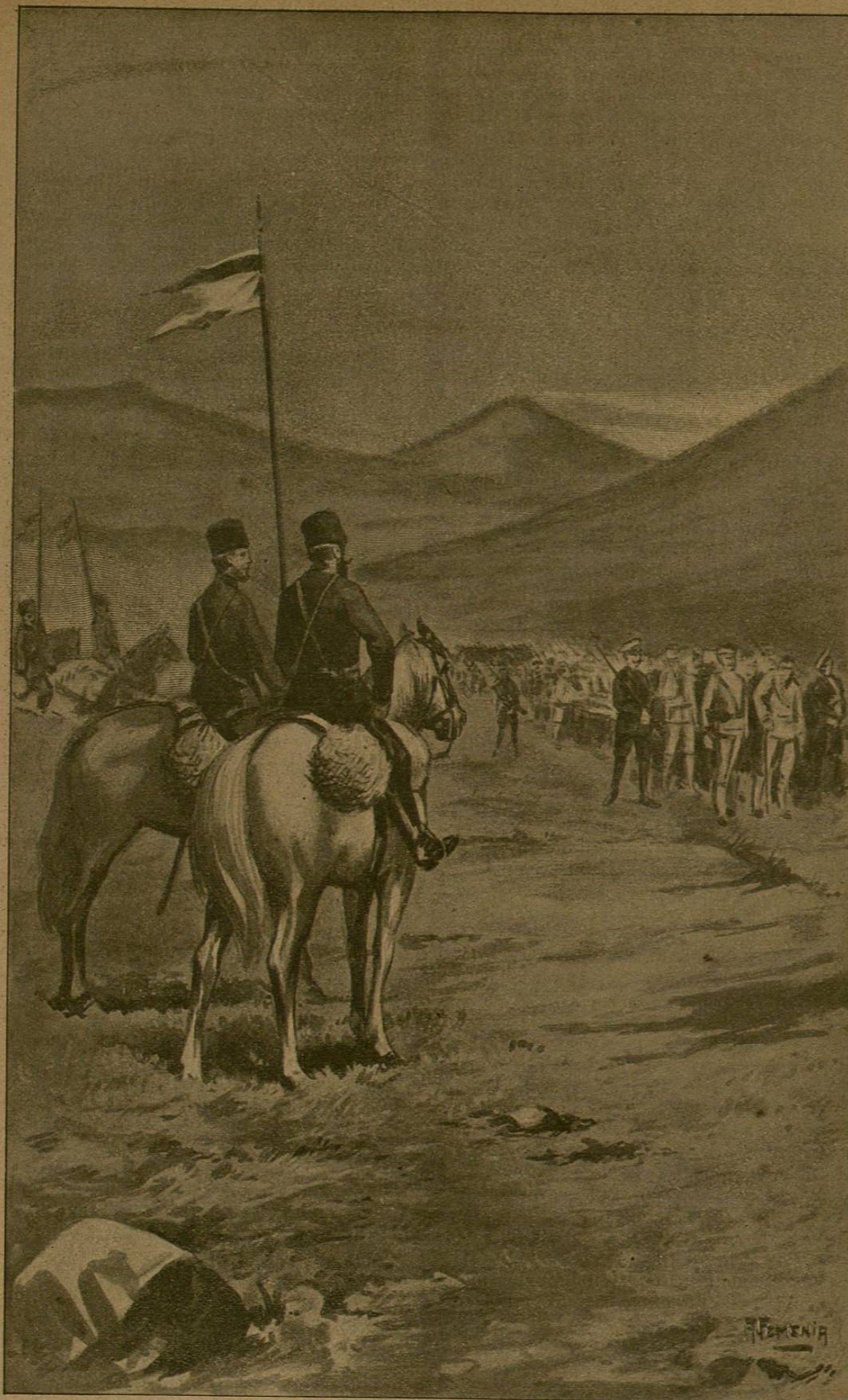
La situación es provisional, de ocasión, y nunca pudo ocurrírsele á Kuropatkin, que tan previsora se ha mostrado y cuyo primer objetivo ha sido la conservación del núcleo principal de sus tropas, anular el fruto de muchos meses de esfuerzos y perseverancia, y afrontar de pronto los mayores peligros

jugándose la suerte de la guerra á una sola carta encomendada al azar; porque cuando la seguridad de un ejército se confía y reparte entre muchos individuos, y los puntos abordables y de fácil ataque son todos los que componen el frente, es el azar y el azar solo quien gobierna el desarrollo de los sucesos futuros.

Las mesetas del Sha no son para los rusos una posición de retirada, como lo fueron Kai-ping, Si-mu-tcheng, Mo-tien, Yan-tzu-ling, An-shan-shan y el mismo Liao-Yang. Demuéstralo el hecho de que los trabajos de fortificación emprendidos en la segunda quincena de Septiembre y primeros días de Octubre están al N., ó sea á retaguardia de la línea que ocupan ahora los moskovitas; pruébalo también la ofensiva del generalísimo; y lo corrobora la circunstancia de no haberse adoptado, ni aun después de los combates de Liao-Yang, los preparativos conducentes á la evacuación de Mukden. Impresionados los corresponsales en el teatro de la guerra por el carácter sangriento de la batalla de Liao-Yang y por la furia con que se acometían los dos ejércitos, no demostraron en sus juicios la serenidad de que hizo gala Kuropatkin en sus actos, y creyendo derrotados, en toda la acepción del vocablo, á los moskovitas, dieron por seguro y averiguado que la retirada no se detendría hasta Tie-ling. Es verdad que los rusos habían emprendido grandes trabajos de atrincheramiento en este último punto, trabajos que continúan activamente, pues el generalísimo, á quien ciertamente no se le puede tildar de imprevisor, no omite ninguna de las medidas, por remota que sea, encaminadas á la conservación de su ejército en primer lugar, y en segundo á la protección de la llegada de refuerzos.

El carácter dado á las fortificaciones de Liao-Yang, según hicimos notar oportunamente, carácter que no ha sido bien comprendido por muchos que siguen atentamente las fases de esta guerra, organizándolas de modo que se plegaran á las necesidades de una defensa activa fundada en el contraataque ó reacción ofensiva, fué indicio revelador de que Kuropatkin iba á poner pronto término á su retirada; y lo hubiera puesto en Liao-Yang si Oyama hubiese aplazado el ataque tres ó cuatro semanas. Para que Kuropatkin diese por perdida la capital de la Mandchuria y continuara la retirada á Tie-ling, precisaba que los japoneses contaran con numerosa y excelente caballería, que los muchos millares de coolies, que como elementos esenciales de transporte y abastecimiento acompañan á las divisiones, no embarazasen los movimientos del ejército, y, principalmente, que Oyama no hubiera dejado extenuar sus tropas en Liao-Yang, sino que conservara en la mano un potente núcleo descansado y de refresco.

Transcurrido un mes desde Liao-Yang,



Prisioneros japoneses en la batalla del Sha, desfilando ante el cuartel general

Kuropatkin pudo contar ya con fuerzas numéricas sensiblemente iguales á las del enemigo, y el aspecto de la guerra cambió. La iniciativa, tan menospreciada por los japoneses, huyó al campo ruso, y comenzó entonces aquella sangrienta batalla del Sha, de resultados tácticos nulos para los dos beligerantes, pero positivamente ventajosos á los moskovitas. Demostramos en otra ocasión que el plan de Kuropatkin, el plan inmediato, el resultado que se proponía alcanzar mediante su ofensiva pregonada con anticipación, no pudo ser otro que sacar á los japoneses de Liao-Yang, llevándolos á las llanuras del Sha. Conseguido esto, el contraataque japonés fué rechazado sin grande esfuerzo y arrojadas al S. las tropas que, juzgándose victoriosas, imaginaban habérselas con un ejército vencido y que huía en confusión.

Precisamente á últimos de Septiembre Kuropatkin hizo que redoblara la actividad en la construcción del ramal de ferrocarril que desde Mukden conduce á Fu-shun; las obras continuaron sin interrupción durante la batalla del Sha y han quedado terminados hace pocos días, lo que permite abastecer y reforzar con facilidad el ala izquierda rusa. Si hubiese entrado en el ánimo del generalísimo la idea del abandono de Mukden no es de creer que mantuviera á sus tropas á vanguardia de las fortificaciones preparadas de antemano, ni que pusiera en explotación una vía férrea destinada á caer al poco tiempo en manos del enemigo, lo que sobre suponer una pérdida material importante, redundaría en el completo desprestigio de los rusos ante la población china.

Hemos de concluir, por consiguiente, que antes de expirar el mes de Septiembre dió Kuropatkin por terminada la retirada emprendida en el mes de Mayo, y se propuso ponerse en condiciones de asumir la ofensiva en el momento oportuno.

Mientras los japoneses marcharon hacia Mukden nada hizo el generalísimo por contenerlos. Pero en cuanto Oyama advirtió los riesgos á que se exponía, y detuvo el avance primero, y se concentró luego cerca del Tai-tsé, Kuropatkin se puso en movimiento. La línea de alturas que desde Yen-tai se extiende á Pen-si-hu, sin ser tan fuerte como la que protege á Liao-Yang por el Sur, lo es sin embargo mucho más que los débiles relieves del valle del Sha. La ofensiva contra aquellas posiciones hubiera sido incomparablemente más difícil que el ataque de las posiciones actualmente ocupadas por los japoneses; y aunque parece á primera vista que en caso de una batalla desgraciada podrían los orientales replegarse á Yen-tai, debe tenerse presente que esta posición está demasiado próxima á la del Sha para que los japoneses, si fueran derrotados, pudiesen resistir con eficacia en ella. Por otra

parte, sacando á los nipones de Liao-Yang y llevándolos al llano se les privaba de los grandes recursos de acuartelamiento y abastecimiento que encontraban en aquella plaza, exponiéndoles en la llanura á las inclemencias, cada vez más acentuadas, del invierno.

Logrado este primer objetivo, y absorbiendo Port-Arthur la mayor parte de los refuerzos que pone en línea el Japón, el generalísimo ruso no lleva prisa y aguarda la formación definitiva de los tres ejércitos, ó por lo menos de los dos primeros. Pero si



Soldados japoneses curando á un herido

Oyama se repliega á Liao-Yang, sucumbe Port-Arthur, ó el núcleo principal de los refuerzos japoneses afluye á la Mandchuria, es probable que Kuropatkin salga de su aparente inacción, que en todo caso no se prolongará mucho tiempo.

Organizados y con sus jefes á la cabeza los tres ejércitos rusos, no tardará en descubrirse el plan de Kuropatkin. La tendencia que se observa á extender el ala izquierda de su ejército, parece indicar que aquellos ejércitos operarán según líneas diferentes, y en tal hipótesis no sería extraño que se repitiesen los hechos más salientes de la batalla del Sha, y viésemos retirarse una vez más á los rusos, y aun evacuar Mukden, con el fin de atraer más al interior al enemigo y poner en libertad de acción á los ejércitos del flanco.

Por el momento Kuropatkin aguarda la aparición del invierno; con la llegada de éste coincidirá el arribo de los refuerzos suficientes para la formación de los tres grandes núcleos, y comenzarán las verdaderas penalidades y privaciones para los orientales.

Pero ¿cómo los generales japoneses directores de la guerra han permitido que el ejército ruso creciera en proporciones tales, llegara á equilibrarse con el de los nipones y amenace superarlo; y cómo Oyama se ha contentado después de ocho meses de guerra con la ocupación de una estrecha faja de terreno, amenazada por el frente y con el flanco enteramente al descubierto? La



Un veterano ruso: general Dragomiroff

conquista de Port-Arthur y la destrucción del pequeño ejército ruso de la Mandchuria eran los dos únicos objetivos capaces de producir frutos positivos é inmediatos. Prescindiendo de Port-Arthur, convenía extraordinariamente á los orientales destruir al ejército ruso de la Mandchuria, bien en conjunto, ó, mejor aun, antes de que Kuropatkin consiguiera concentrarlo, batiéndolo y exterminándolo en detalle; avanzando y extendiéndose por la Mandchuria, los refuerzos rusos hubieran tenido que desembarcar muy lejos, y habría transcurrido más de un año antes de que Rusia presentara un ejército capaz de tomar la ofensiva y proceder á la reconquista de toda aquella región. Nada de esto han hecho los japoneses. Su inmensa superioridad en los primeros meses de la guerra no les ha servido para aniquilar una sola brigada rusa, ni

para asestar un golpe mortal á su enemigo. Si Oyama no se propuso derrotar seriamente á los moscovitas, como se pretende, ¿qué objeto le guiaba? ¿Acaso ocupando unas cuantas leguas cuadradas de un territorio que no es ruso, y viendo crecer á su frente el ejército enemigo, iba á ganar la guerra? No; Oyama ha podido derrotar á los rusos sin grandes dificultades, pero no ha sabido; el espíritu oriental prevé los detalles, estudia el pormenor de las cosas, atiende á la minucia, pero, por regla general, es refractorio á las grandes concepciones, y carece, como todos los pueblos educados en la servidumbre y sin ideales, del arranque, de la decisión tan necesaria en la guerra.

Preséntase otro punto obscuro. Los centenares de miles de hombres de que, según se dice, dispone todavía el Japón ¿por qué no refuerzan de una vez al ejército de operaciones? ¿Por qué no se organizan nuevas unidades y se marcha con energía al fin de la guerra? ¿Por qué ha permitido el gobierno de Tokio que los rusos aumentaran el efectivo de su ejército en proporciones mayores que el crecimiento del japonés? ¿Acaso cree que reforzándolo en igual grado que se fortalece el enemigo va á terminar antes la guerra? De este modo la campaña se prolongará un año tras otro y á la larga vencerá la nación más fuerte: Rusia. Para derrotar al coloso se requería rapidez de acción, á fin de inutilizarlo desde el principio; cuanto más tiempo se le dé, tanto peor para la nación más débil.

Si el Japón no ha puesto en la balanza mayores efectivos que hasta aquí ha sido sencillamente porque no podía, porque, á despecho de su tan ensalzada previsión, no estaba preparado, según vamos á estudiar.

Efectivo real del ejército japonés.—La población del Japón, que es de unos 45 millones, da un contingente anual de unos 450 mil mozos de 20 años. Excluidos los casos de defecto físico y de exención legal, muy numerosos estos últimos, restan 175.000 hombres, de los cuales han ingresado en el ejército en los últimos diez años, unos 45 mil mozos al año. De los 135.000 restantes, 80.000 pasaban á la primera categoría de reserva, recibiendo una somera instrucción militar, mientras que los otros 50.000 ingresaban en la segunda clase, sin recibir la menor instrucción. Los hombres del primer contingente, que son los que componen el verdadero ejército, servían tres años en activo, 4 y 4 meses en la 1.^a reserva, 5 años en la 2.^a reserva y 8 años en el ejército territorial. Recientemente, el gobierno japonés ha modificado la ley de reclutamiento en el sentido de prolongar cinco años el tiempo de servicio en la 2.^a reserva, que se refunde con la 1.^a, con lo cual puede obligarse á que presten servicio fuera del imperio todas las clases de 20 á 37 años.

Teniendo en cuenta las cifras expuestas,

y descontando el tanto por ciento de bajas probables anuales en cada contingente, el ejército activo, al comenzar la guerra con Rusia, era de 132.000 hombres, suministrados por los reemplazos de 1901, 1902 y 1903; y la reserva del ejército activo, formada por los cupos de 1897 á 1900, sumaba unos 152 mil ó sean en conjunto 284.000 hombres, número al que hay que agregar unos 9.000 voluntarios y enganchados, dando un total de 293.000 hombres, todos habiendo servido en filas y poseyendo instrucción militar. En el mismo caso se encuentran los que pertenecen á los reemplazos de 1887 á 1896 y

Gobierno de Tokio la llamara á las filas en caso de urgente necesidad, pero hasta ahora ha tenido que desistir de tan extrema medida.

Sumando al total antes obtenido, 190.000 mozos llamados á filas en 1904, anticipando algunos meses la época de entrada en caja, resulta que á últimos de Diciembre contará el Japón con 824.000 soldados. Efectuando el mismo cálculo con datos de origen alemán se llega á la cifra de 870.000; los de procedencia inglesa dan un total variable entre 750.000 y 900.000, y en Rusia se admite el número de 800.000. El teniente francés mon-



Japoneses conduciendo agua al campamento

cuyo número asciende á unos 340.000 hombres, de 20 á 37 años, que recibieron en distintas épocas instrucción militar y pasaron por las filas del ejército.

El ejército territorial no puede ser empleado fuera de la patria y sus servicios, hasta ahora innecesarios, se reducen á la defensa del territorio nacional, principalmente á dotar de guarniciones las plazas fuertes.

Los numerosos contingentes que después de algunos meses de instrucción pasaban á la reserva, carecen de todo espíritu militar, no tienen el hábito de la disciplina y en realidad solo pertenecen al ejército en el papel. Componen una muchedumbre heterogénea que, si el caso llegara, sería verdadera carne de cañón. Posible es sin embargo, que el

sieur Kann que ha permanecido mucho tiempo en el Japón y ha viajado por la Mandchuria, valiéndose de datos muy precisos y verdaderamente nuevos, afirma que el ejército japonés no puede contar con más de unos 450.000 verdaderos soldados, porque en los reemplazos de hace ocho ó más años, ingresaba en el ejército un contingente bastante reducido.

Tomando como un promedio aceptable la cifra de 824.000 hombres, recordaremos que el ejército activo, al ser puesto en pie de guerra, absorbió 194.000 hombres. Actualmente tiene el Japón en la Mandchuria los efectivos siguientes: 280.000 hombres á las órdenes del mariscal Oyama; 50.000 hombres en Corea y en los servicios de retaguar-

dia y unos 70.000 hombres en Port-Arthur; en conjunto 400.000 hombres. Le restan aun á primera vista 424.000 hombres, que si hubiesen entrado ya en campaña habrían hecho que la guerra tomase otro giro.

Pero el número de bajas confesadas oficialmente por los japoneses, desde el mes de Febrero, es de 62.000 hombres; Port Arthur les ha causado—contando muy bajo—más de 40.000; solo un cuarto del total 102.000 hombres, sigue en filas, habiendo muerto ó sido repatriados 80.000 hombres. Las bajas por enfermedades no han sido pequeñas, aunque no se han desarrollado las mortíferas epidemias que en otros tiempos diezaban á los ejércitos en campaña. Con todo, puede juzgarse del número de enfermos, si añadimos que en las tropas que sitian á Port-Arthur se han contado más de 30.000 casos de *beri-beri*, y que los grandes vapores de la línea de Europa—compañía Nippon Yusen Kaisha—han sido dedicados exclusivamente á la repatriación de enfermos, por estar reservados á la conducción de heridos los barcos hospitales. Concluimos que el Japón ha tenido que reemplazar con reservistas 100 á 130.000 soldados, reduciendo el total aun disponible á 300.000 hombres.

No hay duda que este es un número respetable con el que podría organizarse un poderoso ejército; pero ¿cómo formarlos sin generales, jefes ni oficiales? La casi totalidad de los oficiales se encuentran en el teatro de la guerra, y los pocos que quedan no bastan para dar instrucción á los reservistas y excedentes de cupo, ni tampoco para cubrir los reducidos servicios del territorio nacional. Este es el motivo de que el Japón se resigne á ver cómo se refuerzan y fortalecen los rusos, mientras que toda la actividad y el buen deseo del Ministerio de la Guerra de Tokio tengan que limitarse á reemplazar las bajas, conservando en una cifra invariable la fuerza del ejército de operaciones.

Pero aun esta misma fuerza dista mucho de estar asegurada.

Las 100 á 130.000 bajas las han experimentado los orientales en menos de siete meses de campaña, que se ha desarrollado en circunstancias excepcionalmente favorables. Obrando siempre con completa iniciativa, los japoneses han podido hasta aquí preparar á su gusto los vivaques, campamentos y acantonamientos, hacer jornadas cortas, cuidar de la salud de las tropas y

atender á los enfermos; además la época de las lluvias ha sido poco rigorosa, y durante el invierno no tuvieron lugar apenas operaciones militares. Todas estas circunstancias cambiarán muy pronto. En lo relativo al invierno, los japoneses han reconocido que el mayor número de bajas por enfermedad ha sido debido al *beri-beri*, en primer término, y en segundo á lesiones orgánicas y accidentes causados por el frío en los meses de Febrero y Marzo. Recuérdese también la gran mortalidad que hubo en el ejército japonés que combatió contra los chinos, durante los meses de invierno.

Si pues en siete meses de operaciones efectuadas en condiciones inmejorables bajo todos conceptos, han perdido los japoneses más de 100.000 hombres, ¿qué sucederá en lo porvenir, sobre todo si la fortuna les vuelve las espaldas y se ensañan los rusos con su enemigo en retirada, acosándole, no dándole punto de reposo y combatiéndole con las armas y las inclemencias del invierno mandchuriano?

Se comprende por lo tanto que el gobierno japonés no está muy tranquilo viendo cómo Rusia se prepara para una guerra de años, si necesario fuera, y que procura por todos los medios producir un desequilibrio internacional que le saque del atolladero en que le metieron malos consejeros ó tal vez su excesiva presunción.

Operaciones militares.—Solo es digno de mención el ataque emprendido por tres batallones japoneses, el 19 de Noviembre, contra la colina de Putiloff, en el frente avanzado de los rusos, al S. del Sha. El ofensor fué rechazado, perdiendo un centenar de hombres. Grandes movimientos de tropas han tenido lugar en el ala izquierda rusa, opuesta al general Kuroki.

El sitio de Port-Arthur ha entrado en un periodo de relativa calma. Continúan los trabajos de aproche, y es de suponer que pronto tendrán lugar nuevos asaltos. Parece demostrado que los despachos llevados á Chefú por el *Rastoropni* se referían principalmente á las precauciones que debe adoptar la escuadra de reserva al llegar al Extremo Oriente.

Esa escuadra, fraccionada en tres divisiones, prosigue con lentitud su viaje.

JUAN AVILÉS

Comandante de Ingenieros

26 Noviembre 1904

Imp. CASTILLO

La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: Los sindicatos de información, por el Capitán Subrio Escápula.—La situación militar, por el Marqués de Zayas, teniente coronel de E. M.—La marina de guerra de las grandes potencias, por J. B. y L.—Episodios de la batalla de Tsu-shima.—Cuarteles de invierno en la Mandchuria.—Crónica de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



Una ambulancia rusa en Liao-Yang

LOS SINDICATOS DE INFORMACIÓN

Desde el principio de la guerra los japoneses se han revelado maestros consumados en el arte de desfigurar la verdad y alterar el alcance de los hechos. Comprenderíamos y, más que esto aun, aplaudiríamos la reserva y el secreto en las operaciones militares, si esa reserva y ese secreto tuviesen por objeto ocultar los planes, propósitos y fuerzas del ejército. Quedaría defraudada

con ello la curiosidad pública, que desde el primer momento ha comprendido la transcendencia del conflicto actual, pero en la guerra ha de atenderse ante todo á lograr el éxito y no á calmar la ansiedad y el deseo de los extraños.

Mas lo que hacen los japoneses es cosa no vista hasta ahora y constituye la mejor prueba de que no es tan fiero el león como lo pintan. ¿Quién va á creer que al terminar una batalla no sepan los generales del Mikado las bajas que han tenido sus tropas y